

# El misticismo de la violencia

*Carlos Ornelas\**

Si uno acepta que la comunicación inmediata y directa con alguna divinidad o un ente espiritual superior, pero inmaterial, se denomina misticismo, entonces la novela de John Connolly, *El ángel negro* (2011), es un manifiesto místico. Pero, contrario a la mística religiosa que busca la comunión del mortal con lo sagrado en busca de la virtud, Connolly describe con narrativa trepidante cómo criminales psicópatas andan tras el éxtasis para concordar con la esencia del mal.

En esta obra, como en otras de Connolly, la violencia material y simbólica es la materia prima para sus tramas. Tan iracundos y furiosos son los delincuentes, como quienes los persiguen; parece que no existen barreras entre el bien y el mal o entre la virtud y el vicio. En su narración no hay una separación tajante entre los “buenos” y “los malos”. Para los primeros la ley es sólo una referencia para fijar los límites de sus acciones, no de su moral; para los segundos, es el conjunto de reglas que imponen los poderosos para mantener su dominio sobre la sociedad y los bienes que producen; por ello no la conocen ni la respetan.

Esta novela se inscribe en la serie del detective Charlie Parker, un ex policía neoyorquino que, tras los asesinatos de su esposa e hija por un malhechor sádico, obtuvo la licencia de investigador privado. El protagonista principal es un hombre atormentado por el sentimiento de culpa: “Debí haber estado allí”, “la presa era yo”. Sus deseos de venganza no quedaron satisfechos después de matar al asesino de sus seres amados (que narra en otra novela llamada *Todo lo que muere*), quiere desquitarse con todos los facinerosos que se atraviesen en su camino. ¡Y siempre lo logra! Mas se cuida de sembrar pruebas y dejar cabos sueltos o, en caso de que eso no sea posible, arreglar el asunto de tal manera que sea en defensa propia. Si no lo puede conseguir él mismo, sus amigos, Louis y Ángel, siempre están dispuestos a hacer el trabajo sucio por la lealtad que le deben.

Louis y Ángel son una pareja homosexual que vive al margen o por encima de la ley. Los dos son asesinos profesionales expertos en varias artimañas, en especial en el uso de las armas, artes marciales, abrir cerraduras de cualquier tipo, descuellan en el ministerio de asesinar gente con maestría y precisión asombrosa. Ellos forman una pareja insólita. Louis es un negro (afroamericano, en el lenguaje de la corrección política actual) alto, formal, que viste con elegancia y pulcritud exageradas. Ángel es latino, chaparro, fachoso, lenguaraz y presuntuoso. Siempre están peleando entre sí, pero a la hora de matar actúan con eficacia y frialdad.

---

\*Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco.

[Carlos.Ornelas@gmail.com].

El otro amigo de Charlie Parker es un policía jubilado, Walter Cole, con muchos contactos en el Departamento de Policía. Él le brinda información y le hace favores a Charlie Parker, pero no se mete en sus asuntos ni juzga su modo de actuar. Aunque el autor presume que Cole tiene una moral inflexible y un ardor por la ética policial, aquél se hace de la vista gorda y, a veces, de manera lateral, participa en los crímenes de su amigo y compinches.

En *El ángel negro* hay un hato de maldosos, psicópatas y fanáticos, también expertos en el arte de matar o hábiles para engañar. El cabecilla visible es Brighwell, un tipo extático, que se cree inmortal, y que está al servicio de Ashmael, el ángel expulsado del paraíso que no descendió a los infiernos sino que adoptó forma humana. Por encargo de él, en su encarnación terrenal, Brighwell busca a su alma gemela que se convirtió al bien; en el trayecto, él y sus secuaces van dejando cadáveres por el mundo. Brighwell se apodera de las almas de sus víctimas al momento de su expiación y las aprisiona en su abultado cuerpo. Uno de sus fieles, el mexicano García, es adorador de la Santa Muerte y un artesano que manufactura estatuas de excelente calidad con los huesos de los inmolados por los ángeles negros.

Como en otras de sus historias, Connolly utiliza mitos o creencias de sectas y luego los relaciona con hechos que suceden en la vida real (como “las muertas de Juárez”) para construir sus tramas. En ésta, se inspira en los cánones de Enoc (uno de los libros de *La biblia* que fueron proscritos, ya para dar cabida al *Nuevo testamento*, ya porque contradecían el dogma oficial de la Iglesia romana a partir del siglo IV) y en el osario de Seblec, en Kutná Hora, en la República Checa, cuya capilla contiene altares, tumbas, candelabros y esculturas magníficas hechas con los huesos de los miles que murieron durante las epidemias y guerras del siglo XIV.

El cementerio era parte del convento de la orden del Císter, fundada por San Roberto en el Siglo XI. Los monjes cistercienses, según la leyenda, son los guardianes de la estatua de Immael, el hermano doblado de Ashmael, que fue hecho prisionero por el monje Erdric. Él fundió el alma de Immael en plata, la insertó en una escultura de huesos con formas místicas y la escondió en un lugar secreto que sólo los abades cistercienses conocían y lo pasaban de una generación a otra.

Durante la rebelión husita en Bohemia, el abad de Seblec presintió que los renegados irían a buscar la estatua y la mudó de escondite; hizo un mapa en una vitela fina con símbolos que sólo podrían entender los iniciados, lo dividió y guardó las partes en estuches de plata corriente que luego distribuyó en siete monasterios de Europa. Aunque el capitán husita le ordenó a su lugarteniente, un gorila muy parecido a Brighwell, que lo asesinara, y luego saquearon el monasterio, no encontraron nada.

Siglos después, varias de las cajas aparecen en los Estados Unidos y son la causa de muertes, al mismo tiempo que originan el hilo narrativo de Connolly, quien crea un ambiente verosímil, a pesar de los pasajes llenos de simbolismo metafísico. Cada vez que Charlie Parker resuelve un misterio, sucede que es parte de un asunto mayor, es como tirar un hilo de una madeja escondida que parece no tener fin.

Con esos elementos míticos, Connolly arma un *thriller* negro, de un fuliginoso profundo, que personifica la mística de la brutalidad. La historia comienza con el asesinato de una puta drogadicta en el Hunts Point de Nueva York. Los “creyentes”, los seguidores del ángel negro, no sabían con

quién se metían. Ellos pensaban que Alice no tenía a nadie, su padrote se los había garantizado, pero ella era sobrina y protegida de Louis. De allí en adelante él y Ángel, su amante, apoyados y a la vez comandados por Charlie Parker, comienzan una cacería de “creyentes”, que los lleva de Nueva York a la frontera de Arizona con México, de Boston a Praga y Kutná Hora, en un mundo negro e impetuoso, donde los seguidores del bien resultan más eficaces que los malvados en matar a sus enemigos, aunque sin sadismo.

Este grupo de seguidores de Ashmael están en la tarea de construir una réplica de la estatua del ángel negro. Brighthwell y sus compinches surten de cadáveres a García, quien con exactitud experta separa músculo y grasa y luego pone los huesos en sustancias químicas para que envejezcan rápido. Una vez realizado el proceso, se dedica a labrar la estatua que le encargó Brighthwell y un altar para la Santa Muerte. Antes de concluirla, Charlie Parker lo elimina, mientras Louis sigue al *pimp* que vendió a su sobrina, le saca más información y lo deja malherido frente a un hospital.

Con los datos de sus averiguaciones, más otros que le consiguen su amigo Walter Crane y dos detectives de la división de vicios de Manhattan, Charlie Parker comienza una cacería de creyentes; le disparan y lo golpean, amenazan a su novia y a su hija, matan a nuevos aliados, pero él, Louis y Ángel dan cuenta de todos. Y, al final, resuelven el misterio, rescatan el pergamino de los cistercienses, aunque en el enfrentamiento destruyen la mitad del osario de Seblec, cientos de reliquias y un montón de obras de arte; luego regresan triunfantes a casa.

Charlie Parker parecería ser la reencarnación de Sam Spade, el personaje que creó Dashiell Hammett en los años veinte. Su novela más conocida, *El halcón maltés*, inspiró tres versiones cinematográficas; Humphrey Bogart protagonizó y John Houston dirigió la más conocida, en 1936. Spade es el prototipo del detective duro y brutal, carente de moral. Charlie Parker replica esos rasgos, pero Connolly le agrega un factor psicológico más profundo a su personaje: éste es un psicópata, mas no mujeriego como Spade, se aplica a obtener resultados sin importar los medios que utiliza, el sentimiento de culpa y una religiosidad soterrada son los motores que impulsan su intuición y acciones.

Aunque las novelas de Connolly se desarrollan en la costa Este de los Estados Unidos, él reside en su patria, Irlanda. Por sus metáforas místicas y el manejo de los símbolos religiosos, uno puede deducir que conoce la liturgia (la parte del catecismo, al menos) del catolicismo. Incluso, el personaje de la serie Parker llega a tener momentos de éxtasis, de comunión completa con seres metafísicos que lo hunden en los abismos y la oscuridad. Él no sabe si sucede en sueños, delirios, o si son hechos reales. Pero siempre hay uno o varios sacerdotes que le apoyan para recuperar la cordura y cumplir con su deber: el del ángel exterminador de las encarnaciones del mal.

John Connolly construye sus tramas con maestría, su relato es vibrante, claro y llano, elegante a pesar de lo macabro de muchas escenas. Hace de la exageración una virtud narrativa, “se sirvió tal cantidad de azúcar en el café que la cucharilla casi se sostenía recta en la taza”, “si esperaba un poco más iba a echar raíces como el roble del jardín”. Los diálogos entre Louis y Ángel están cargados de situaciones chuscas, divertidas, que dan un respiro al lector y tiempo de sosegar el espíritu después de tanta matanza y circunstancias sangrientas.

Connolly combina con desenvoltura la narración en primera y tercera personas sin perder el hilo ni mostrar cambios bruscos. La idea es mantener al lector en tensión, proveerlo de misterios y no dejarlo escapar. En contraste con otros autores, cuya solución del *thriller* se cae en los últimos capítulos, Connolly resuelve bien el punto, no saca personajes de la manga ni manda sofismas a sus lectores. Por el contrario, teje sus redes literarias con base en una prosa ligera y argumentos lógicos.

Las referencias a hechos, situaciones y personas reales muestran que Connolly investiga a fondo el contexto para crear situaciones y figurar a sus personajes. Él es diestro en la descripción detallista, mas no aburrido. Véase, por ejemplo, la descripción de una taza de porcelana con sus detalles o el retrato del villano principal, Brighthwell:

El gordo tenía la cara perfectamente redonda y muy pálida, de facciones muy delicadas: ojos verdes enmarcados por unas pestañas largas y oscuras, nariz fina y recta, y boca alargada de labios carnosos y oscuros, casi femeninos. Pero el menor parecido con cualquier idea tradicional de belleza se venía abajo a causa de la barbilla y la papada tumorosa y dilatada en la que se perdía [2011: 94].

*El ángel negro* no es una novela de protesta social. Sin embargo, en muchas de sus páginas y diálogos se desprenden críticas al sistema. Connolly describe la persistencia de corrupción policiaca en Nueva York, aún después de la política de tolerancia cero del alcalde Rudy Giuliani, o del 11 de septiembre. Relata cómo en las calles del Point, pero también en puntos del bajo Manhattan, la prostitución, la corrupción de menores y la trata de blancas hacen su agosto. Hasta los policías honestos reconocen que no se dan abasto para acabar con padrotes y menudistas de drogas, algunos disfrutaban de protección.

Cuando pasaba sus páginas, en especial cuando habla de la Santa Muerte, los carteles mexicanos o las muertas de Juárez, no dejaba de relacionarlo con la violencia criminal que hoy azota al país. Parece que aquí tampoco hay diferencias sustantivas entre los “buenos” y los “malos”, sus papeles se confunden y sus acciones coinciden, mas la corrupción policiaca y política de este país es muy superior a la que pudiera narrar Connolly o cualquier otro autor. “Carroñera es la política que los mexicanos padecemos”, escribió Catón (*Reforma*, 2011), y coincido con él: autoridades y policías al servicio del crimen organizado, jueces venales, procuradores ineptos, legisladores y burócratas parásitos y una legión de bandidos disfrazados de políticos asidos al presupuesto.

La relevancia de *El ángel negro*, para el México de hoy, me parece, reside en que los violentos, los amos del crimen organizado, utilizan símbolos religiosos (Malverde, la Santa Muerte), o códigos que disfrazan de espiritualidad (La Familia, Los Caballeros Templarios), con el fin de atraer a incrédulos a sus redes, mientras las instituciones del Estado se desvanecen.

Me imagino que quienes asesinan a sangre fría a 72 indocumentados en Tamaulipas, decapitan y descuartizan a sicarios enemigos o disuelven en ácido sus cadáveres o que, con sangre fría inconcebible, queman un casino y asfixian y calcinan a más de 50 personas inocentes en Monterrey, aparte de estar

drogados, han de invocar a algún ser inmaterial, un ángel negro, para que no les tiemble la mano a la hora de ejecutar a sus víctimas. Algo que los ponga más allá de cualquier tipo de moral.

La violencia criminal es la responsable principal de la mayoría de las muertes. Y uno pudiera decir con Connolly: “Con cada vida que truncó, el mundo pasó a ser un lugar más pobre, su índice de posibilidades se redujo para siempre, privado del potencial para el arte, la ciencia, la pasión, la inteligencia, la esperanza...” (2011: 531).

Las acciones del crimen organizado en México y la respuesta errática del Estado (no sólo del gobierno federal), remedan y personifican el misticismo de la violencia.

Septiembre de 2011.

## Referencias

Catón (2011), en *Reforma*, 27 de agosto.

Connolly, J. (2011), *El ángel negro*. México, Maxi Tusquets.